Miami



(*Por Luis Bruschtein*) "Seios abundantes, coxas volumosas, nádegas rechunchudas, barrigas salentes." Los ojos se le salían de las órbitas a Edson al explicar su mayor hazaña. "Eu –decía–, eu paguei as cinco gatonas, dez nádegas rechunchudas, bem rechunchudas, e os seios, dez seios fofinhos, muito abundantes." Edson creía que las dificultades para impresionar a sus interlocutores estaban en el idioma: "Nádegas rechunchudas" y aclaraba: "Culo, o mais grande do mondo, mais grande que el Pan de Azúcar" y sus dos brazos trataban de abarcar el mundo para hacerlo más gráfico. Pero los argentinos que escuchábamos entendíamos bien y la historia de Edson con sus cinco gordas nos parecía de mal gusto. Todos los días abría la *Folha de Sao Paulo*, solo para releer mil veces el aviso "fofa-sexy". Hasta que ganó la lotería y contrató a las cinco gordas, tres rubias inmensas más blancas que la nieve y dos enormes mulatas que pasaban los 120 kilos. Edson se enamoró de las cinco, Loira, Carla, Carmelita, Vanessa y Nadia, y las llevó a Miami, las instaló en el Fontaine Bleu, en Collins y 45, y paseó a lo grande con sus cinco mujeronas por South Beach y dilapidó cada dólar de su premio en las toneladas de hembra que lo enloquecían. "Plata tirada", comentaron con desdén Manuel Escribano y Cachito Loizaga, acodados en la mesa de un bar en Ocean Drive, y agregaron por lo bajo: "Cosa de negros". La mano derecha de Edson jugaba con la gruesa cadena de oro que colgaba de su cuello y estudiaba las reacciones que había provocado su relato. Continuó ahora en un portuñol con muchos ademanes, sobre todo cuando explicó que llegó un punto en que no podía satisfacer a tanta mujer, que los hombres las asediaban y ya no quedaba plata. Entonces montó un prostíbulo con sus cinco inmensas queridas. Era la única solución que le quedaba: "Morte o prostituçao" explicó con los ojos entrecerrados en un gesto de dignidad. Y eligió "prostituçao", evidentemente. He aquí que el negocio fue un éxito, según Edson, lo cual despertó el interés de Manuel y Cacho, siempre respetuosos del éxito. La situación económica reflotó, Loira, Carla, Carmelita, Vanessa y Nadia estaban tan ardientes como podía soportar Edson y la vida social de los seis se amenizaba ahora con las visitas de clientes asiduos como Richard Gere y Michael Douglas, entre otros. En ese punto noté un destello de interés en los ojos de mis acompañantes, siempre interesados en la gente famosa. La reunión terminó con despedidas. Escuché a Cacho que le pedía en voz baja el número de teléfono a Edson "por si acaso, nada más" y después le hacía bromas a los gritos por sus mujeres: "¡Saludos a las gordas, che!", le dijo entre carcajadas. Cuando se fueron los otros dos, Edson me miró mientras jugaba con su cadena de oro, después sonrió y se encogió de hombros: "Verso para argentinos", me dijo el astuto macró en Miami.

NEWTON

Periodista, crítico, traductor, escritor y antologista, Marcos Mayer (Buenos Aires, 1952) cocina aquí una nueva vuelta de tuerca sobre un tema caro a más de un literato: la ejecución sumaria de la gourmandise como una de las más peligrosas bellas artes explorada, en este caso, por un periodista gastronómico anglófilo y con problemas de páncreas.

Por Marcos Mayer

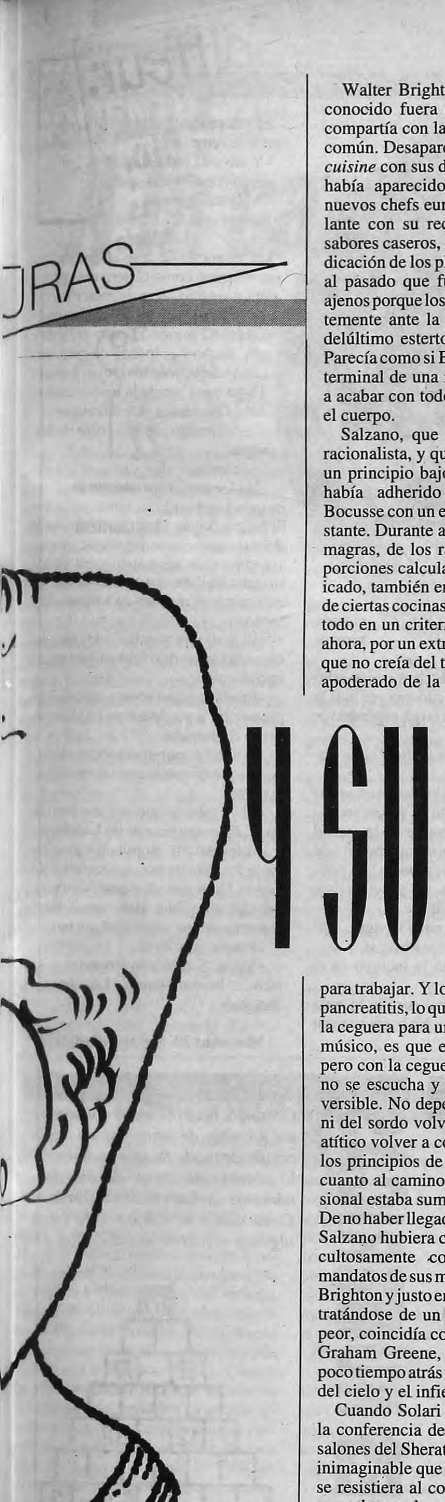
A Charlie Feiling

La historia de Salzano fue muy conocida en ciertos medios periodísticos que trataron de ocultarla bajo una especie de pacto de silencio. Se sabe que no hay lugares transparentes cuando existe la voluntad de silenciar algo. De todas maneras, no se crea que no hubo trascendidos ni menciones públicas del asunto, pero no de la manera escandalosa que hubiera alcanzado de no ser Salzano un periodista, aunque, y esto debe consignarse, no de los más conocidos. No porque le faltara talento, sino por su especialidad, que era la gastronomía. Las noticias no suelen ocuparse de aquello que la gente hace todos los días de su vida; y el comer es sin dudas una ocupación cotidiana, al menos para algunos no sometidos ni a la pobreza ni a los regímenes. El periodismo gastronómico se ocupa de presentar el acto común de comer bajo el manto de la novedad y la receta es la clave que convierte lo rutinario en un acontecimiento. Dejemos de lado estas digresiones que poco o mucho tienen que ver con esta historia y vayamos a Salzano o más exactamente a la noche en que empezó a sentirse mal.

Por puro espíritu de paradoja, fue en un día de franco. Al principio sintió como si su estómago empezara a inflarse, aunque al mirarse al espejo no notaba ninguna alteración, salvo ese panorama ligeramente abovedado que solía considerar como una enfermedad profesional. Esa contemplación –tranquilizadora ante la sensación de que estaba a punto de explotar– no impedía que un fuerte dolor le fuera naciendo desde la ingle e invadiendo todo el espacio del vientre. Se acostó a la espera de que todo pasara pero, por el contrario, el dolor se iba acrecentando y empezó a creer que le iba a tocar morirse convertido en una masa informe de grasa e intestinos, porque allí era donde parecía estar localizado el dolor. Al malestar se sumó el asco de que su mujer al entrar encontrara el revoltijo de sus entrañas desparramado sobre las sábanas y su rostro convertido en una máscara fija y descompuesta. Buscó en su mente algo en que distraerse pero todo lo que encontraba eran imágenes de comida: listas de ingredientes, bebidas, cócteles, condimentos, especies, y era como si cadapensamiento le asestara, de manera impiadosa, un golpe sobre la zona afectada y el dolor se reiniciara una y otra vez. Con gran esfuerzo logró incorporarse e intentó vomitar ante el inodoro poniéndose los dedos en la garganta, pero nada salía de su interior. Las arcadas sólo servían para recordarle –como si fuera necesario– que el malestar seguía allí, indiferente a su dolor y a sus esfuerzos para expulsarlo de su cuerpo, para lanzarlo en un vómito liberador.

Salzano tenía una debilidad, algo que en realidad su mujer, a quien le gustaba simplificar las cosas, pero a la que no se le podía negar cierta contundencia, llamaba "el complejo cultural de la Torre de los Ingleses". Tal vez la expresión resulte un tanto remilgada, sin dudas Betty lo era, pero contiene una aproximación bastante exacta a las tendencias de Salzano. Cada país tiene una especialidad cultural, tal vez con la excepción de los franceses que las han practicado todas. Así, a los italianos se les da la pintura y la ópera, a los alemanes la filosofía y a los ingleses la literatura. En contra de esto se puede argumentar a Pavese, a Descartes, a Mozart. Y sí, nada es del todo perfecto, pero si se empiezan a hacer listas, si abandonamos el enfermizo hábito de las excepciones, la cosa encaja un poco más. Hay más pintores italianos que alemanes, más filósofos alemanes que franceses, más escritores ingleses que españoles. Y es así nomás, no se puede explicar del todo, como suele ocurrir con las cosas irrefutables. Se da de esa manera y listo. Pero Salzano, sin haber pensado demasiado la cuestión, estaba de hecho en contra de la variedad nacional. Para él sólo existía lo que pomposamente llamaba la exquisita cultura inglesa. Con lo cual tenía mucho para leer y poco para ver y escuchar. Entre los pintores su posibilidad de contemplación quedaba reducida a cuadros poco exactos, al movimiento que no se detiene en las obras de Turner y de Bacon, ese magna de colores donde las figuras se disuelven y pierden sus contornos, ese vértigo que amenaza con devorárselo todo. Y en la música el panorama resultaba aún más desalentador, pues sólo aparecían tres nombres: Elgar, Purcell y Vaughan Williams en medio de un parnaso musical dominado por italianos y alemanes. Cabe aclarar que la anglofilia de Salzano no condescendía, para su desdicha, con el rock inglés ni con lo que es el invento más popular de los británicos: el fútbol. Claro que todo el acervo cultural inglés no se le aparecía en ese momento de desesperación gástrica, sólo imágenes de su trabajo, blancos pescados sobre hojas de lechuga morada, camarones fritos perfumados con echalotes, poderosos guisos de cordero, salsas rubias y transparentes, reposterías de hojas delgadas y crocantes.

Al salir del sanatorio a la mañana siguiente, luego de una noche de insoportables dolores, Salzano pensó en los inconvenientes que presenta la vida, en lo inoportuno de ciertas llegadas, sin tener en claro si se refería a Walter Brighton o a su enfermedad, llamada por los médicos, que se empeñan en darle un nombre a todo, pancreatitis. Hace falta que se explique qué o quiénes son ambos. La pancreatitis es un estado muy previo a la destrucción absoluta del aparato digestivo, un pariente cercano y menos conocido de la cirrosis. Y su cura sólo es posible a través de una rigurosa dieta que excluye, entre tantas otras cosas, el alcohol, las grasas animales en cualquier medida, el azúcar, los picantes y los fritos. Por otra parte, ningún médico se atreve a predecir la duración del tratamiento, ni siquiera la posibilidad de una cura definitiva después de la cual pueda retomarse un ritmo normal de comidas.



Walter Brighton era apenas un poco más conocido fuera de ciertos círculos, aunque compartía con la pancreatitis un principio en común. Desaparecida por fortuna la *nouvelle cuisine* con sus disparates medidos, Brighton había aparecido en el firmamento de los nuevos chefs europeos como una figura rutilante con su recuperación militante de los sabores caseros, sus salsas espesas, su reivindicación de los platos abundantes. Un retorno al pasado que fue celebrado por propios y ajenos porque los estómagos languidecían tristemente ante la escasez elaborada y severa delúltimo estertor del racionalismo francés. Parecía como si Bocusse hubiera sido el punto terminal de una ideología racional destinada a acabar con todos los excesos de la mente y el cuerpo.

Salzano, que alguna vez se propuso ser racionalista, y que pretendía que el orden era un principio bajo el que valía la pena vivir, había adherido a los mandamientos de Bocusse con un entusiasmo medido pero constante. Durante años fue devoto de las carnes magras, de los ramitos de ciboulette, de las porciones calculadas y reducidas. Había criticado, también en forma medida, los excesos de ciertas cocinas regionales, basándose sobre todo en un criterio de defensa de la salud. Y ahora, por un extraño castigo del destino en el que no creía del todo, la enfermedad se había apoderado de la parte del cuerpo que usaba

Y SU ULTIMA CENA

para trabajar. Y lo peor de todo, lo peor de una pancreatitis, lo que la hace más intolerable que la ceguera para un pintor o la sordera para un músico, es que es posible seguir comiendo, pero con la ceguera no se ve y con la sordera no se escucha y esto es absolutamente irreversible. No depende del ciego volver a ver, ni del sordo volver a oír, pero sí del pancreatítico volver a comer o no. Para alguien con los principios de Salzano no había dudas en cuanto al camino a seguir, pero su ser profesional estaba sumergido en constantes dudas. De no haber llegado entonces Brighton al país, Salzano hubiera convivido más o menos dificultosamente con las tentaciones y los mandatos de sus médicos y su conciencia. Pero Brighton y justo en ese momento. Y sobre todo tratándose de un inglés, cuyo apellido, para peor, coincidía con el título de una novela de Graham Greene, que Salzano había releído poco tiempo atrás y que, entre otras cosas, trata del cielo y el infierno.

Cuando Solari lo llamó para que cubriera la conferencia de prensa de Brighton en los salones del Sheraton, Salzano dijo que sí. Era inimaginable que un periodista gastronómico se resistiera al contacto con la figura fundamental entre los chefs de los incipientes 90. Al fin y al cabo, no era más que hacerle algunas preguntas. Al entrar reconoció enseguida a Brighton, un hombre alto, robusto, de bigote negrísimo, que departía con otros periodistas en el fondo de un salón mientras bebía de una larga copa de champagne. Sus colegas lo recibieron con cortesía, no es una parte del gremio habituada a pelearse por una primicia y Brighton estaba dispuesto para todo el mundo. Pese a que venía de días difíciles, la presencia de Brighton le produjo a Salzano una alegría que superaba lo previsible en el encuentro con alguien respetado y admirado. Había en su expresión una cierta brillantez que iba más allá de lo meramente profesional y que, de alguna manera, fue percibida por Brighton. El inglés señaló que eran doce los periodistas y con él trece y que eso ameritaba una cena que, dado que se quedaba pocos días en Buenos Aires, sería seguramente la última. Brighton agregó que contaba con la ayuda de la cocina y el personal del Sheraton para prepararles una cena muy especial y los esperaba desde la tarde del día siguiente para que lo vieran cocinar, lo que valía, sin dudas, mucho más que todas las preguntas que pudieran hacer en ese momento. Típico humor inglés, pensó para sí Salzano y además, típico elogio del pragmatismo. Brighton demostraba una vez más el desprecio británico por cualquier tipo de teorización. Salzano se preguntó si no era este el verdadero punto de partida de su militante oposición a Bocusse. Hubo, de todas maneras, algunas preguntas con la excusa de los cierres, y Salzano adivinó que la última cena tendría mucho menos que trece comensales.

También en esto era Salzano una especie rara. Los periodistas suelen ser personas pequeñas y asustadizas colocadas en una suerte de descreída ilusión épica. Y en comer no hay nada épico ni heroico. Salzano defendía una especie de probidad profesional que lo obligaba a creer y sostener que amaba su trabajo y a lanzar de vez en cuando teorías archisabidas que vinculaban la gastronomía con la cultura, la policía e incluso la ciencia. Le gustaba recordar que en su lecho de muerte, Isaac Newton discutía consu médico sobre alquimia. Sin duda, hay pocas cosas tan parecidas a un gabinete de un alquimista que una buena cocina, donde cualquier alimento tratado por una mano experta se convierte en oro. Sin embargo, cada vez que refería este hecho sentía una cierta molestia que provendría seguramente de percibir una cierta vocación excesiva por el mundo de lo celeste en la cultura inglesa y que se le confirmaba en la lectura de Yeats. Algo que la emparentaba, aun con signo contrario, con los demonios habituales entre los alemanes, y que, debía reconocerlo, no encontraba entre los franceses.

El día de la cita ocurrió algo que no estaba en los pronósticos meteorológicos. A pesar de que era primavera, se desató un par de horas antes de la cita fijada por Brighton un temporal con granizo que sumió a la ciudad en una oscuridad casi absoluta y que inundó varias calles volviéndolas prácticamente intransitables. Salzano, que había pasado la noche anterior despierto, sumando argumentos tanto para ir como para faltar a la velada, contempló desde su ventana la tormenta como si el cielo quisiera dispensarlo de tener que elegir, como si lo hubiera hecho por él. "El cielo apela a la magia de los alquimistas", pensó y se sintió liberado y preocupado como Newton en su lecho de muerte. Volvió a contemplar el cielo y sintió que esa suma de agua y oscuridad, un paisaje digno de un cuadro de Turner, no reflejaba nada de la armonía celeste, como si la combinación agitada de silencio y truenos hubiera reemplazado a la armónica música de las esferas. Fue entonces cuando se puso su piloto, tomó el paraguas y decidió caminar bajo la lluvia las veinte cuadras que separaban a su casa del Sheraton, donde lo recibió finalmente un Brighton sonriente y sorprendido.

Brighton confesó que no lo esperaba y que su esfuerzo merecía que la cena se llevara a cabo, frente a lo cual Salzano no tuvo el coraje para decirle que le alcanzaba con haber llegado hasta allí y con conversar algunas cosas. Se trasladaron a la cocina donde, por supuesto, no había llegado ninguno de los ayudantes que esperaba Brighton que, en un gesto algo teatral, abrió el frigorífico y empezó a sacar cosas del interior: cochinillos, pollos, trozos de carne vacuna, conejo, a los que empezó a deshuesar con movimientos expertos, desarmando coyunturas y separando limpiamente la piel de los huesos. Luego peló y picó hortalizas mientras explicaba en un inglés afectado, como el que dicen que se habla en las islas, sus procedimientos y el sentido de cada una de sus acciones. En algún momento hizo referencia a que se parecían a los dos ladrones que se hubieran adelantado a hacer su presencia en la última cena antes de incorporarse a la escena del calvario. Salzano sentía que esa noche le tocaba cumplir con todos los papeles, el del ladrón, el de Judas, el de Cristo, mientras contemplaba todo con la santidad manifiesta de un apóstol.

La cena fue servida por Brighton en una mesa muy larga y Salzano sintió, a medida que comía la cena más fastuosa y mejor regada de su vida, que esa habría de ser la última. Al caminar hacia su casa esperaba a cada paso el ataque de la pancreatitis. Sin embargo, al abrir la puerta, el único síntoma era una pesadez lógica después de tal exceso además de los gritos de Betty por su demora y que se transformaron en alaridos cuando le explicó de dónde venía. No había mujeres en la escena de la muerte tranquila de Newton y las vociferaciones de Betty se convirtieron en sus oídos en una disonancia insoportable.

Poco se sabe de lo que pasó después. Los informes policiales consignan la presencia en el departamento de tres ambientes de Salzano de manchas de sangre, trozos de carne humana y una multitud de huesos, uno de ellos agujereado a todo lo largo con cinco aberturas con el que se lo encontró tratando de sacar los sonidos de los primeros acordes de "Pompa y Circunstancia" de Elgar. Claro que esta escena está en un largo poema escrito en castellano, *La Araucana*, en el que un capitán español trata de demostrar que la conquista de América se parecía, y mucho, a la Ilíada. Todo como para probar que, en definitiva, ninguna historia tiene los mismos motivos. Que vivimos en medio de historias que no terminaremos nunca de conocer porque alguna vez nos va a tocar morirnos, o si no, mientras tanto, recorrer el tiempo interminable de la cárcel donde Salzano está sometido a una convalecencia perpetua e interminable, lejos de todo ruido.

Se reproduce aquí por gentileza del autor.



Resumen: *El narrador Pirovano, un ex arquero que usa un guante de guardavalla permanente en su mano izquierda para ocultar un terminal electrónico, símbolo de su doble vida aventurera. Por la cúpula secreta de su edificio se comunica con el Buenos Aires subterráneo de donde emerge como Catcher, agente de Magia. Dos asesinatos (el Troglodita y Bowie) lo ponen tras la pista de "Paredón". Etchenique lo ayuda.*

28 MR. BOLIVIA Y SUS HIJOS

En el camino del baño a la mesa puse al tanto a Etchenique de las andanzas de las últimas horas: del Arnold Body Building al episodio del taller y la muerte de Bowie. Todo con reservas. Un documento, una foto, un poco de grasa y un programa movido para las próximas horas era todo lo que tenía para ofrecerle.

No me dejó avanzar, postergó mi expansión:

–Vine hace media hora porque esperaba a un amigo: quería hablar con él antes de que usted llegara, Pirovano. Pero me falló, se demoró... -Etchenique se disculpó con un gesto de palma antepuesta–: es algo previo, fundamental, tiene que ver con el asunto que usted investiga.

–Investigamos.

–Le ayudo –corrigió–. Este amigo me ayudaba a mí, antes.

–Lo esperamos, entonces –concedí.

El Molino le quedaba mejor al veterano que a mí. Enfrentados a ambos lados de un vermouth con platitos –sendos fernet con hielo y soda en vasos altos– eché una mirada en derredor y modifiqué la idea: era yo el que le quedaba peor a El Molino que Etchenique.

Diseminadas casi regularmente en grupos de a tres y de cuatro, viejas damas tomaban el té con masas sin apuro, en casa, como si estuvieran allí esperando, rutinariamente, el fin de la jornada y la salida de la cámara de sus tan viejos maridos, senadores conservadores en el Congreso de los años treinta.

Estaban probablemente allí desde entonces y no tenían apuro ni impaciencia. El tiempo se había mareado alguna vez en la puerta giratoria de acceso y ahora deambulaba indeciso entre las mesas, sin atreverse a tocarlas; mientras, ellas elegían palmeritas y bombas de crema pastelera con la displicencia y voracidad simultánea que dan los años.

–Vengo siempre –dijo Etchenique, como si me hubiera oído pensar–. Es un ambiente estimulante...

–Lindas pendejas.

Hice sonar el sifón que bramó clásico, hizo bailar el cubito, subir la sucia espuma.

–A diferencia de lo que pasa en el Tortoni... –prosiguió él sin darse por enterado de mi liviana ironía– estas viejas no escriben ni recitan. No tienen asignaturas pendientes, vocaciones frustradas o delirios de actuación postergados como las otras.

–Esa debe ser una raza temible...

–Muy peligrosa, Pirovano –e insinuaba una experiencia en el ramo que prefería no recordar siquiera–. Incluso el personal femenino habitué de Los 36 Billares, por ejemplo, es preferible; con todo su deterioro y marginalidad, tiene una cierta belleza terrible.

–¿Y estas viejas? –y pinché un cubito de mortadela.

–Estas son viejas satisfechas, generalmente viudas con una buena pensión y tiempo libre. No son abuelas chancletudas de barrio que se quedan bancándose a los nietos; estas viejas viven en Barrio Norte, van al cine en patota y cuentan chistes más o menos verdes...

–Las conoce bien.

–Años en el barrio, y años en el lomo.

Se empinó el fernet, dejó el vaso sobre el mantelito humedecido y golpeó con la palma la carpeta que me había traído:

–¿Qué tal si empezamos y nos dejamos de divagar? No creo que venga ya.

–Probablemente estamos perdiendo el tiempo en boludeces –dije casi sin pensar–. Pero creo que es inevitable: una cuestión de alternancia de tensiones y remansos.

Etchenique se echó para atrás. Vigiló una vez más la puerta de Callao por la que esperaba ver llegar a su amigo:

–¿Leyó *El halcón maltés*? –dijo imprevistamente.

–No tantas veces como usted, seguramente. La película sí, varias veces.

–Se tiene que acordar de la escena en que Spade, en un tiempo muerto de la historia, mientras esperan a la policía, creo, le cuenta, sin previo aviso, una historia a Brigid...

–La de Mr. Flitcraft y la viga... –dije orgulloso, emocionado casi.

–Esa. Huston no la incluyó en el guión.

–No era funcional para la historia –argumenté por él–. No hacía avanzar la acción.

El veterano sacudió la cabeza sonriendo levemente:

–Y ahí está todo Hammett, ¿eh?

–Sí, ahí está todo –asentí.

–Ahí está –reiteró.

Pero el que ahí estaba era su amigo.

Un morocho de leve renguera, no tan veterano como él pero más grandote y vestido fuera de estación con una polera gris y un bolsito en bandolera. Con todo el pelo crespo y gris, ancho y golpeado de cara, ancho y cargado de hombros, parecía Firpo y era sin duda un boxeador, un ex boxeador antediluviano.

–Mi amigo Sayago –dijo Etchenique.

–Pirovano –dije yo.

No fue necesario que me explicara nada. Lo recordaba, sabía quién era. El Negro Sayago había acompañado al veterano en varias de sus peripecias aventureras de años atrás y era ahora, en cierta medida, el responsable de que estuviéramos metidos en lo que andábamos.

–El le dio mi nombre a los Gigantes en la Lona –dijo Etchenique como introducción.

–Estaban asustados, necesitaban protección y yo pensé en Julio– confirmó el grandote.

Yo volví a sonreír como la primera vez. No se dieron cuenta; o me lo perdonaron.

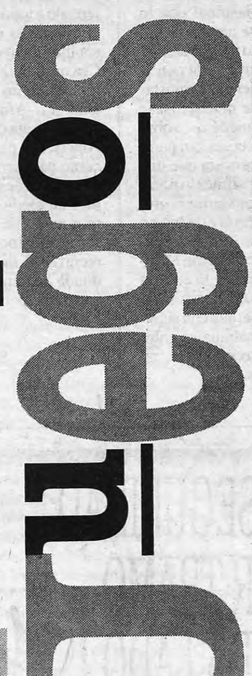
–El ya sabe de qué se trata, Pirovano. Y sabe mucho más de lo anterior.

–A los del Mr. Bolivia los juno como si los hubiese parido –aseguró Sayago–. Hace tres años que estoy en el bar del gimnasio. Bah, antes hacía mantenimiento, seguridad, de todo.

–Estuve y no lo vi.

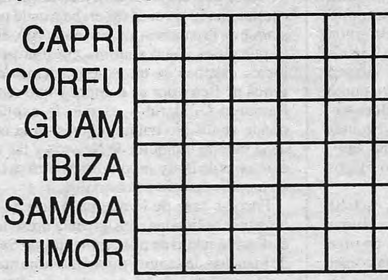
–Yo sí. Estaba con Roperito y los otros... –hizo una pausa–. Los que quedan, bah.

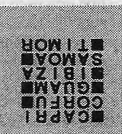
Mañana: 29. Sayago dixit



ACOMODO

Anote en cada línea horizontal la palabra correspondiente, de modo que no queden letras repetidas en las líneas verticales.



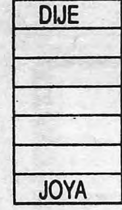


ESCALERAS

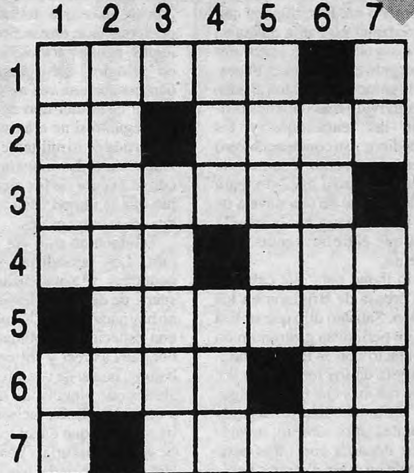
Pase de un escalón al siguiente cambiando una sola letra por vez.

DIJE
JOYA

BACO
VINO





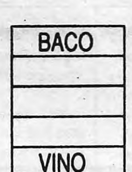


HORIZONTALES

1. Isla de las Filipinas.
2. Iniciales del actor y director Lenzi./ Arbol tiliáceo.
3. Boceto, croquis.
4. Plantígrado./ Adenosina tri-fosfato.
5. Paraíso de los gentiles.
6. Poner un manjar a las brasas./ Iniciales del actor Salvatori.
7. Autómata.

VERTICALES

1. Juego de tablero./ Campeón.
2. Protagonista de "La Odisea".
3. Del sol.
4. Aumentativo./ Distraído.
5. Nenas.
6. Vendedor de billetes de lotería.
7. Río de Italia./ Prefijo: detrás.



PIRAMIDES NUMERICAS

Complete las pirámides colocando un número de unacifra en cada casilla de modo tal que cada casilla obtenga la suma de los dosnúmeros de las casillasinferiores. Como datos se dan,en cada caso, algunos números ya indicados.

